

Descarga en el camino de Ibarbeltz

En la tradicional romería a San Adrian de Etxarri se utiliza gran parte de uno de los caminos medievales de importancia en la economía del valle.

A acceso desde el pueblo a un monte con predominio de magníficos robles a lo largo de varios kilómetros. Arrancaba desde la vía principal que corría paralelamente al río Arakil, para dirigirse por el Este hacia Pamplona y a Vitoria por el Oeste; al mismo tiempo cruzaba hacia los altos de la Sierra de Andia, buscando el Sur con sus vinos y cereales. Desde el robledal majestuoso un lento caminar terminaba en las minas de hierro y los productos del mar.

Hoy este viejo camino de encache suena a fiesta y romería de alegría familiar, a baile y auzate; día 16 de junio en el que se cumple el viejo dicho de al pan, pan y al vino como locos. Contrasta este sentimiento con otra imagen popular que recuerda la larga marcha, por él mismo, de gentes en armas, sujetas a los vaivenes de las guerras.

Una más de las tradiciones orales del pasado siglos, constantemente envuelto en tiroteos alrededor de estos montes.

Viejos compañeros, pocos años antes contra los franceses, se perseguían ahora sin escrúpulos; mal andaban los humos en octubre de 1822.

Varias partidas de voluntarios contra la Constitución, la famosa Pepa de 1812, se dieron cita para poner cerco y rendir a la guarnición militar de Estella; unos 1400 fusileros dispuestos a todo y con prisa apretaron de firme al acuartelamiento; perdía terreno por momentos y la resistencia se hacía imposible; algunos optaron por coger las de Villadiego y salir zumbando a Vitoria. Estella caía sin remedio en manos de los voluntarios. El 14 de octubre le llega recado a Sebastián Fernández de Leceta (el terrible Dos Pelos) de semejante situación, cuando se encontraba en Sesma. Dos Pelos había sido la mano izquierda y turbia de Espoz y Mina. Ahora era un flamante coronel con una columna de 300 infantes y 50 jinetes; se estaba ganando a pulso y gatillo el temor y el odio de los contendientes por su crueldad.

Dos Pelos salió en socorro de la desesperada guarnición, llegado a marchas forzadas hasta Iratxe; allí sorprendió a 3 guerrilleros de una avanzadilla de observación; haciendo gala de su severidad los hizo degollar. De inmediato Zabala fue informado del desgraciado comportamiento. Con fuertes imprecaciones recogió a los componentes de su partida, unos 800 incansables jóvenes y corrió hacia Iratxe. Allí se avistaron ambos grupos de combatientes. Dos Pelos estaba curtido

Descarga en el camino de Ibarbeltz

en lances de armas y se dio cuenta al instante de la gravedad de lo que se le venía encima: jóvenes sin sueldo, sin estrellas, sin uniforme, pero con convencimiento y espíritu de entrega y sacrificio, invencibles. Consciente de la arrolladora voluntad de Zabala, emprendió la retirada, que se convirtió en pocos minutos en huida apresurada; colocó su caballería en la retaguardia y delante a sus infantes. Los caballos servía de parapeto contra fusiles perseguidores. Fueron quedando por los campos, que conducen a Allo.

La oscuridad de la tarde cayó como una tabla de salvación; unos y otros descansarían hasta el amanecer; aunque el ensueño de la tragedia, que les pisaba los talones, bullía bajo las gorras deslucidas de los soldados. La marcha desde Sesma a Iratxe y la precipitada vuelta a Allo, pesaba en sus piernas temblorosas

Decidido a que no se le fuera de las manos, con las primeras luces, salió Zabala de nuevo a por su presa. Aquellas tres muertes del día anterior, con las que le había saludado Dos Pelos, juraba el de Zegama, habían de ser los últimos infelices que servían para demostrar la crueldad estúpida del coronel Fernández.

Dos Pelos, de Allo, continuó arrastrando su maltrecha y aterrorizada columna hacia Dicastillo. Sabía de la solidez de su iglesia como antiguo guerrillero; cuando sonaba en su campanario la una del mediodía del 15 de octubre entraba en ella con 197 supervivientes; cerraron las puertas y se colocaron de inmediato en el campanario; por la peligrosa brecha de la troneras de la torre hacían asomar su fusilería.

La iglesia parecía inexpugnable ante una situación que exigía de rapidez y no se contaba con entrenamiento artillero. Parecía que todos debían resignarse a un respiro en su larga y fatídica correría.

Zabala estaba curtido en tretas ingeniosas y expeditivas; allí se iba a respirar poco tiempo desde luego nada bien. Quemó las puertas de la improvisada fortaleza, convirtiendo el recinto en una chimenea de humo y paja, donde los pimientos y guindillas harían el resto. La tropa que se buscó tal refugio había caído en la ratonera; estaban ahora doblemente sofocados por las marchas y por la humareda asfixiante.

La misma tarde de la encerrona salían con las orejas gachas el coronel, sus oficiales y soldados, dando al pueblo de Dicastillo tranquilidad y un espectáculo lamentable. La partida de Zabala recogió lo que quedaba útil de la columna militar desvencijada dio orden de concentrar y tener bajo control sin miramiento alguno a los prisioneros, saliendo rápidamente al norte. Debía tener en cuenta que las tropas de Roncal, pamplona o Logroño recibirían aviso de su sagacidad y organizarían una persecución encarnizada.

Descarga en el camino de Ibarbeltz

La Sierra de Andia fue su primera meta; los rendidos andaban realmente mal; algunos iban heridos y el resto estaban extenuados; no había tiempo para recomponer fuerzas: el que se quedaba era hombre muerto; y muertos fueron quedando en un reguero que parecía interminable. Al día siguiente divisaron el valle de la Barranca, conocido para todos ellos, quedando entre todos ellos Etxarri-Aranatz. Dos Pelos recuperó su ánimo, pensando que habría tropas en el pueblo. El encuentro con ellas daría margen a la escapada o a la liberación, si Zabala se veía obligado a retirarse. Además el coronel hacía pocos días que había estado en el pueblo, exigiendo 405 reales de vellón para el plus de sus tropas y quien se lo podía negar. Aquí el tétrico personaje resultaba bien conocido.

Bajaron para el medio día a Etxarri. Había algunas tropas que abrieron fuego. El leve tiroteo dejó claro a Dos Pelos que su suerte tenía difícil arreglo. Los tiros distinguía bien que eran sueltos y de gente que huía ante la superioridad de Zabala.

Unos sorbos de agua y unas raciones bastarían de momento; los gastos se anotan en las cuentas del pueblo como de 6 reales fuertes hechos por los prisioneros de la columna de Dos Pelos. Cruzando por la plaza ante las miradas aturcidas del vecindario, que reconocía entre los presos al engréido y temido coronel. Algunos aprovecharon para llamarle ladrón, liberal de ocasión y asesina sin escrúpulos. Bajando por Sagarmiñeta pasaron por el puente sobre Arakil y se metieron en el monte Bekobaso por el camino de San Adrian o Ibarbeltz.

No visitaron al santo rojo; antes de llegar a su ermita, el viejo pontarrón de madera de Artasoro les ayudaba a continuar por la calzada de Berrenoa; enfilaban hacia la Burunda por el valle propiamente llamado Ibarbeltz.

Aquello iba a todas luces mal; ni los empujones y amenazas a los 126 prisioneros, que quedaban semivivos, les hacían andar; el agotamiento y la desesperanza les clavaba al suelo. Estaban dentro de una masa forestal inmensa y lejos de las vías frecuentadas por las tropas regulares. Llegaron hacia las dos y media de la tarde al llano de Ibarbeltz zogaña; el paraje era para cualquiera otra situación de una notable belleza romántica; entre solemnes robles y cargados castaños pasa una leve corriente de agua con abundantes truchas y cangrejos. El lugar invitaba a hacer un alto y pararon.

Estaban a la altura de Iturmendi, que quedaba a unos tres kilómetros al sur, pronto oscurecería y tenía que cruzar el alto de Berrenoa para bajar a Ataun. Había que tomar rápidamente una decisión. Se veía que aquellos desgraciados carecían de fuerzas para continuar la marcha.

Descarga en el camino de Ibarbeltz

Concentraron a los 126 supervivientes de la, hasta hacía dos días, temible columna Dos Pelos. Eran las tres menos cuarto de la tarde. Zabala mandó levantarse a los suyos; los prisioneros quedaron sentados en grupo compacto y a pocos metros.

Como si se prepararan para seguir su camino, mandó de pronto apuntar y abrir fuego; su descarga cerrada de varios cientos de fusiles dejó aplomados a los 126 y al coronel para siempre. En el lugar se encuentran bolas de plomo como testimonio de la tropa de Fernández. Aquellos tres muertos, que habían dejado en Iratxe significaban su última hazaña, y por la que se pagó esta factura tan desproporcionada.

Zabala, dejando atrás el macabro espectáculo, se fue con los suyos a dormir tranquilo a Ataun. Aquellos no les perseguirían en adelante en su tierra.

Los vecinos de Iturmendi tuvieron que ir en auzolan imprevisto a dar tierra a aquellos desgraciados y los enterraron en el mismo monte.

Desde entonces, en Ibarbeltz, hay dos nombre más para el terreno: Errengurutza y Dospeloserrekalde; ambos dan testimonio inolvidable de la tragedia habida en la tarde del 16 de octubre de 1822.

